

nar su entendimiento y su corazon de mortales angustias y de un sumo y continuo dolor. De todo lo que resulta que toda la vida de Jesucristo estuvo unida á un sumo dolor, y á una suma tristeza y afliccion.

Además de esto Nuestro Señor Jesucristo, verdadero LIBRO DE LA VIDA, tuvo que sufrir dolores sin cuento en todo el curso de su vida mortal. Al nacer no fue puesto en un baño, ni colocado sobre un colchon de blandas plumas : no fue envuelto en blandas y delicadas pieles como los hijos de los grandes de este mundo, sino colocado sobre pajas, y reclinado sobre el pesebre de un establo en medio de dos animales. Apenas nacido este tiernísimo Infante, comenzó á sufrir en su cuerpo las incomodidades, pues se vió obligado á huir á Egipto, peregrinando con su dulcísima y tierna Madre y con san José por aquellos vastos desiertos, sin socorro humano. Siendo grandecito siempre iba á pié, subiendo á Jerusalén, segun lo mandado por la ley, á pesar de que Nazaret distaba de Jerusalén mas de dos jornadas.

Cuando llegó á la edad de los treinta años, despues de recibido el bautismo, se retiró al

desierto, donde ayunó por espacio de cuarenta dias y fue acosado del hambre hasta tal punto, que creyó el demonio poder valerse de ella para inducirle á pecado, esperando reducirle al primer golpe. Caminaba á pié predicando en los lugares, en las villas y ciudades, padeciendo hambre, sed, lluvia, calores, vientos y frio ; sudando y fatigándose por todas estas incomodidades, y por último sufriendo el suplicio de la muerte. Á todos estos trabajos se sometió para enseñar á los hombres el camino de la verdad, para destruir los embustes y el imperio del demonio, para mostrar cuán útil es la penitencia, y para hacer ver á los hombres que la felicidad, el bien y la gloria del hombre consisten en sufrir los dolores y la tribulacion, demostrándonos con su ejemplo que debemos aceptar todas estas cosas.

No hay lengua que pueda explicar, ni aun entendimiento que pueda imaginar cuáles fueron sus dolores en el tiempo de la pasion. Fue en Jesucristo inefable y de muchas maneras el dolor, y fue mucho mas intenso y mas agudo todavía por el sumo afecto con que amaba y se compadecia del género humano.

No solamente se dolía en comun de la perdición del linaje humano, condenado y esclavo de Satanás; sino que sentía un sumo dolor de compasión por cada uno de sus individuos; y no solo por los pecados en comun de cada persona, sino segun la medida y la cantidad de cada una de sus culpas, y de la pena que ciertísimamente sabia que habia incurrido y habia de sufrir en lo futuro. Y así cuantos fueron y son los pecados de los hombres, cuantos son los que comete y cometerá cualquiera de ellos, otros tantos fueron en Jesucristo los dolores por su compasión é infinita misericordia. Pero así como son innumerables los hombres y sus pecados, y era inmensa la pena incurrida, ó que debían incurrir; así tambien el dolor que por nuestro amor debia experimentar, fue sumo é infinito.

Jesús amaba inefablemente á todos y á cada uno de sus elegidos, y con aquel amor entrañable, que abrasaba de continuo su corazón, se dolía y se compadecia de ellos, segun la falta de cada uno, la ofensa cometida ó por cometer, y sufría con sumo dolor todas y cada una de las penas que por ellas debían su-

frir. Tal fue la compasión, y tanto el dolor que afligió al dulcísimo corazón de Jesús por nuestros pecados, que la misma suma piedad con que nos compadecia le hizo sufrir el tormento de la cruz, que es una muerte horrenda, con dolores infinitos, para poder con ellos aplacar la divina Justicia, redimirnos y librarnos de las penas merecidas.

Hubo tambien en Cristo un sumo dolor por compasión propia, esto es, hácia sí mismo, porque se compadecia de la dolorosa inefable pena que sobre sí veía venir. Conocía y consideraba Jesús que él era el enviado del Padre para llevar sobre sí los dolores y penas de todos los hijos de Adán, sin que hubiese otro que pudiese aliviarle de tan inexplicable dolor, pues que él era el único destinado á este efecto, y por lo tanto se compadecia de sí mismo con sumo dolor. Si conociera alguno que cierta é infaliblemente habia de sobrevenirle un gran dolor, ó una grande pena; y si tuviera siempre grabada en su imaginación esta idea, sin duda se compadecería de sí mismo, y seria tanto mayor su pena, cuanto mas comprendiese la gravedad de las penas y dolores que iban á descargar sobre sí. Pues to-

das estas circunstancias se hallaron en Jesucristo sobre todo cuanto el humano entendimiento puede considerar.

Jesucristo tuvo un dolor de piedad para con su misericordiosísimo Padre, porque amó y ama infinitamente á su Padre, señor de toda misericordia y de toda piedad. Sabiendo Jesús que su eterno Padre amaba inmensamente á los hombres, movido de piedad y de misericordia hácia ellos, él mismo se ofreció á venir al mundo para redimirles; y como él es infinitamente amado de su Padre, experimentaba un infinito dolor por la compasion que le tenia el eterno Padre á causa de la muerte afrentosa que iba á sufrir por conformarse con su paternal voluntad, y humillarse á sí mismo hasta morir en la cruz por obedecerle: y esta especie de dolor, que puede llamarse divino, es imposible explicarla. Digo tambien que fue en Jesús inefable el dolor por ser concebido, permitido y ordenado por la inefable sabiduría de Dios, la cual inefable y eterna dispensacion, unida eterna é inefablemente con Cristo, como Verbo eterno del Padre, dispuso que lo sobrellevase con sumo dolor: y cuanto mas admirable es esta divina

dispensacion, tanto mas intenso fue en Cristo el dolor que de ella resultaba, en términos que no hay humano entendimiento, ni angelical, que sea capaz de comprender cuál sea el estado de aquel dolor. Además, esta permission fue el origen de todos sus dolores; y como es imposible que comprenda el entendimiento humano, ni aun el angélico, la infinita caridad que demostró con haber querido redimirnos con su muerte; así es tambien imposible comprender el infinito dolor que interiormente experimentó. Este dolor resultó de la luz inefable que se dió á Cristo, la que iluminándole inefablemente, y viviendo en él mismo por divina dispensacion, y transformándole en dolor, se lo causaba tan agudo que es imposible explicarlo. Veia Cristo que le habia sido dada una medida inefable de tan excesivo dolor, que por esto mismo estaba oculta y era superior á toda humana criatura, siendo él, en cuanto Dios, la fuente, el origen y la providencia de la divina luz que le habia sido comunicada.

Hubo igualmente en Jesucristo un gran dolor de compasion por su dulcísima Madre, porque la amaba y la ama mas que cualquier

ra otra criatura, por haber recibido de ella sola su carne, y porque mas que otra criatura sentia ella las penas de su Hijo á proporcion del alto y nobilísimo conocimiento que de él tenia en grado muy superior á cualquier otra. Por esto la compadecia y lamentaba, viéndola sumamente afligida y angustiada en su alma y cuerpo. El dolor de María llegaba á lo sumo; y este mismo dolor afectaba á su santísimo Hijo, teniendo siempre por base la divina Providencia.

Fue tambien inmenso en Jesucristo el dolor de la ofensa que crucificándole hacian los judíos á su Padre, infinitamente amado, porque no han cometido los hombres, ni han de cometer pecado mayor que el de crucificar y hacer morir al Hijo de Dios. Esta ofensa enorme debió de conmovier inmensamente á Jesucristo; y le obligó á prorumpir en aquellas palabras: *Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt*, no menos el dolor y compasion de su Padre ultrajado, que el de los hombres que le ultrajaban. Tal vez por este delito hubiera condenado de nuevo el eterno Padre á todo el linaje humano, si Jesucristo, olvidándose en su agonía de todo otro dolor,

no hubiese aplacado su divino Padre con aquella benigna súplica hecha con lágrimas y en alta voz.

Tuvo además Jesucristo un gran dolor de compasion para con sus Apóstoles y discípulos. Doliense estos y las santas mujeres que le habian seguido, y estaban llenos de afliccion al verle padecer. Y como Cristo los amaba tiernamente, experimentó un grandísimo dolor cuando vió dispersos y atribulados á sus discípulos.

Además de todos estos dolores, experimentó Jesús otro de tal naturaleza, que este Hombre-Dios entregado y crucificado fue herido por él con cuatro géneros de espadas. La primera fue la de la crueldad criminal de los endurecidos y obstinados corazones de aquellos, que, llenos de furor contra Jesús, no omitian diligencia ni industria alguna para hallar la mas cruel y horrorosa manera de exterminar de la tierra al Señor que habia venido para salvarlos. La segunda fue la malicia y la injusticia de aquella extremada ira y odio que continuamente le tenian los que le crucificaron. Todos sus pensamientos, su perversa intencion é infcua voluntad, fueron otros tan-

tos cuchillos que traspasaron el alma de Jesucristo. La tercera fue la malicia y la perfidia de las lenguas que contra él clamaban. Todas las acusaciones, las detracciones, los consejos inícuos, las befas, las derisiones, las burlas, las blasfemias, las maldiciones, los falsos testimonios y la injusta sentencia fueron otros tantos dolores que sufrió su alma moribunda. La cuarta fue el cruelísimo acto de su pasión, llevado hasta su fin con la mayor ferocidad, y esto se hace fácilmente comprensible á cualquiera que lo considere. Todos los tirones de los cabellos, de la barba y de la cabeza, todos los empujones, las cadenas, las bofetadas, las salivas y golpes que le dieron, fueron otros tantos dolores de su pasión, especialmente cuando le taladraron sus piés y manos con los clavos, que eran ásperos, gruesos y desiguales en toda su longitud, y cuadrados; resultando de esto que aquellos piés y manos así taladrados, despedazados y destrozados con tan bárbaro tormento, le causaron un dolor que no hay lengua que lo pueda explicar. Aun cuando sus piés y manos no hubiesen sido enclavados en un leño, siempre hubiera sido atrocísima su pasión. Pero esta

crueldad subió de punto estirándole sus piés y manos, y todo su cuerpo, dislocándole y desconcertándole sus huesos y nervios para que alcanzasen á los agujeros que habian hecho en el durísimo tronco. No les bastó esto, sino que levantaron en alto la cruz, y lo expusieron desnudo al frío, al viento y á la vista de la multitud. La gravedad y peso de su cuerpo pendiente de sus manos y piés, hacia que la dureza de los clavos fuese mejor sentida, y que la sangre de las heridas brotase sin intermision, para que de este modo fuese consumada toda la malicia y ferocidad de los judíos.

Para comprender alguna cosa de tan excesivo dolor, debemos considerar que el mismo Hombre-Dios, Jesús, tanto para mostrarnos que no lo sufría por sí, sino por nosotros, como porque nos doliéramos y compadeciéramos entrañablemente de sus dolores y tormentos, agobiado por el peso de tanta agonía exclamó: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* No podia ser abandonado de Dios, siendo Dios él mismo, pero manifestó que era tambien hombre cuando se declaró abandonado en sus tormentos. Con aquel

grito nos manifestó el agudísimo inefable dolor que padecía entonces por nosotros, y nos convidó á que nos condoliéramos de él y le compadeciéramos continuamente.

No se crea que sufrió solo mientras estuvo pendiente en la cruz, pues como dijimos, desde el momento en que fue formado y se organizó su cuerpo y se le infundió el alma, y en que simultáneamente se unió á entrambos el divino Verbo, quedó colmada aquella alma de una sabiduría suma é inefable, y desde aquel instante se le representaron todas las cosas presentes y futuras : y por lo mismo desde aquel momento sintió ya los agudísimos inexplicables dolores que le aguardaban. Y así por disposición divina toleró este dolor desde que fue infundida al cuerpo su santísima alma hasta que de él se separó.

Esto significan aquellas palabras con que frecuentemente declaraba que convenia llevar la cruz, y con que aseguraba á sus discípulos que él la llevaba no por sí sino por ellos y por nosotros. Aquellas palabras : *Tristis est anima mea usque ad mortem* fueron dichas por el Señor para excitarnos mas eficazmente á la compasion de su dolor.

Y este dolor con todas las antedichas circunstancias fue vehemente y acerbo á causa de la nobleza de su alma, la que cuanto mas santa y mas noble era, tanto mas mortificada estaba de un agudo é intenso dolor. Porque siendo aquella santísima alma sumamente noble, la causaban una suma angustia las injurias y aflicciones que recibia : y como todos los dolores procedian de la disposición inefable de la Divinidad, desolaban de tal modo el alma de Cristo, que redundaba el dolor hasta el cuerpo y lo afligia con vehemencia.

La grandeza de este dolor se aumentaba por la nobleza y delicada finura de su cuerpo virginal, formado por la operacion del Espíritu Santo, y por lo mismo mas sensible y capaz de mayor dolor que otro cualquiera nacido de mujer. Á mas de esto fue agudísimo en Jesucristo el dolor con respecto á su persona, que es divina, lo que hacia que fuese infinita la ofensa que contenia toda injuria y aflicción que se le causaba, porque no se hacian únicamente contra su humanidad, sino contra la divinidad, que se traslucia en todas sus palabras y acciones. Y por

lo tanto tenia una infinita razon de dolerse, é inefablemente se dolia de todos los vituperios y ultrajes que se le hacian.

En medio de todos estos dolores que padecia y sufria el Salvador del mundo y Hombre-Dios Jesucristo, no amenazaba, ni maldecia, ni se defendia, ni se vengaba; acusado no se excusaba; no apartaba el rostro cuando le escupian y abofeteaban, ni retiraba las manos ó los piés cuando le extendian en la cruz; sino que entera y absolutamente se abandonó á la malignidad de sus enemigos, valiéndose de su iniquidad para obrar á su despecho, y á pesar de su ingratitud, la obra de la redencion humana.

Parece increíble; y sin embargo en el acto mismo de la pasion, que contra él consumaba la perversidad de los judíos, les daba Jesús ejemplo de paciencia, les enseñaba la verdad, y con llanto y clamor rogaba por ellos á su eterno Padre. En vez de tomarles en cuenta y castigarlos por su grandísimo pecado, que merecia causar la ruina y destruccion de la especie humana, y aun del universo entero, recibieron mayores beneficios, pues con aquellos mismos dolores y penas que

le hacian sufrir, satisfacía Jesús por todos nuestros dolores. Entonces fue cuando redimió y abrió las puertas del paraíso á los que le crucificaban y á todos los hombres, reconciliándoles con su eterno Padre: entonces fue cuando los colmó de gracia y los volvió á la condicion de hijos de Dios por aquello mismo con que el mundo se habia hecho digno de la condenacion, pues con la muerte de Jesús acababa de cometer la criatura la mas atroz injuria contra su Criador. ¡Oh piedad! ¡Oh inmensa misericordia la del Señor! ¡Oh benignidad infinita, que apenas puede imaginarse! porque de donde abundó la mayor de las iniquidades, de allí mismo sobreabundó una tal y tan grande gracia, que verdaderamente no tiene fin.

Todo este misterio lo cumplia aquella infinita benignidad y misericordia, para que nos sirviese de ejemplo en toda tribulacion y adversidad; y para que no solo no hiciésemos mal á nuestros enemigos, sino tambien para que procurásemos hacerles bien por amor á nuestro Redentor. Si un Ángel, si algun Patriarca, Profeta ú otro cualquiera de los Santos nos hubiese dado un ejemplo

semejante, ¿no deberíamos por ventura seguirlo? ¡Qué obligacion, pues, tan grande no tendríamos de no mirar con indiferencia, antes de cumplir perfectísimamente y con suma diligencia, un ejemplo tal de vivir, que nos ha dado la misma Sabiduría de Dios, verdad infalible que no puede engañarse ni engañarnos, y que para ello se revistió de nuestra carne en medio de nosotros!

Sabemos y confesamos que el Hijo de Dios pasó toda su vida en tales y tantos dolores, que, no solo sufrió con paciencia las tribulaciones ocasionadas por circunstancias fortuitas, sino que las eligió y las buscó espontáneamente él mismo, que no habia pecado, ni pudo pecar de manera alguna, y halladas las amó, se sometió á ellas, las sufrió, y predicó con su doctrina evangélica que son bienaventurados cuantos las soportan como él. Porque no se contentó con alabar y beatificar con solas palabras las aflicciones del alma y del cuerpo, tomadas por Dios, y llevadas en paciencia; sino que él mismo las toleró en su alma y cuerpo mayores que no las sufrió jamás ningun otro; y nos aseguró francamente que no es posible alcanzar la vida eterna por

otro camino, ni de otro modo que por medio del dolor, de la pena y de la tribulacion. Este es, pues, el camino real que nos conduce á Dios; y es un insensato aquel que, apartándose del que nos ha trazado el Hijo de Dios, nuestro Criador, marcha por otro diferente, rehusando seguir á Nuestro Señor y Redentor, que se ha dignado ser nuestro guia.

Sabia el Señor, y conocia muy bien cuántos bienes se esconden en los dolores y tribulaciones, y por eso los eligió y los tomó; por eso huyó de los deleites, detestó los consuelos temporales, y predicó contra todas estas cosas. Mas como se inclina á ellas nuestra naturaleza corrompida, parece podian en cierto modo ser excusables aquellos que huian de las tribulaciones y corrian en busca de los deleites, antes que el verdadero Dios y Hombre hubiese repudiado estos y elegido y tomado aquellas en sí mismo, como muchos siglos antes lo habia hecho anunciar él mismo por la boca de sus santos Profetas. Pero, despues que el Hijo de Dios eligió para sí tal y tanta adversidad, ¿quién será tan infeliz é insensato que pueda dudar de esto, ó que no vea una verdad tan claramente demostrada,

tan altamente predicada, y por este Señor tan solemnemente practicada y propuesta al mundo por ejemplo? ciertamente nadie. Y así, ¿de qué condenacion no serémos dignos nosotros, que siendo unos miserables y viles pecadores, no solo no tomamos en espíritu de penitencia las tribulaciones, ni queremos recibirlas; sino que evitamos con impaciencia y rechazamos con murmuracion aquellas que Dios nos manda por su infinita misericordia, ó permite que nos sobrevengan con el fin de retraernos ó purgarnos del pecado, y nos lamentamos quejándonos del que nos las envia ó permite, buscando consuelos y remedios para librarnos de ellas?

¡Oh infelices y verdaderamente miserables de nosotros, que no solo no abrazamos de corazon las aflicciones y penas temporales que nos vienen por remedio y curacion de nuestros pecados; sino que aun tenemos la descortesía de rehusarlas cuando nos las ofrece Jesucristo, nuestro sapientísimo Médico! Así sucede que, si por la voluntad y disposicion de la suma sabiduría de Dios nos acomete un poco de frio, buscamos al momento el consuelo del fuego y nos arropamos mas; si vie-

nen los calores del verano, vamos en busca de refrescos; si nos duele la cabeza ó el estómago, nos quejamos, suspiramos, nos desolamos, hacemos llamar el médico, y todo son medicinas, meterse en cama, y que se nos administren las cosas mas delicadas para mitigar el dolor, nos volvemos á Dios y á sus Santos conjurándoles incesantemente que nos retornen la salud, prometiéndoles con votos de ayunar, de ir en peregrinacion, y hacer ciertas oraciones; y hacemos tales y tantas cosas para apartar de nosotros los dolores y las aflicciones, que nos son tan útiles, cuales no haríamos por conseguir la remision de nuestros pecados, ni el bien de nuestras almas.

Á mas de esto, si disponiéndolo, ó permitiéndolo Dios para nuestra utilidad, se nos hace algun daño ó injuria, nos turbamos al momento, nos conmovemos, nos montamos en cólera, proferimos lamentos, juzgamos malignamente, murmuramos, quizás maldecimos y nos vengamos del injuriador como podemos, rechazamos toda injuria, huimos y evitamos toda molestia sin querer tolerar con paciencia y conformidad ninguno de los do-

lores, aflicciones ó adversidades con que quiere curarnos el Médico celestial.

¡Cuánto no se hace y no se inventa, cuánto no se piensa y no se gasta para evitar los dolores, las aflicciones y las adversidades que Dios misericordiosamente nos permite ó nos envía! Pero debemos estar persuadidos que es mucho mas saludable y meritorio el sobrellevar voluntariamente las aflicciones y penitencias que Dios nos envía, que las que nosotros elegimos y hacemos á nuestro gusto. Mejor conoce el Médico celestial, que el hombre enfermo é ignorante, las tribulaciones y adversidades que le convienen para purgar, instruir y perfeccionar su alma.

Las tribulaciones y penitencias escogidas á voluntad nuestra sirven algunas veces á la vanagloria, mientras que las que nos vienen por disposicion divina y son aceptadas con gran paciencia, y mejor aun, si se puede, con placer, se esconden á la vista de los hombres, que ignoran si las sufrimos por necesidad, y con violencia de nuestra voluntad.

Y por lo tanto os digo y os aconsejo ¡oh hijos! que aguanteis el frio, el calor y sus ardores, la calentura, el sudor, el dolor de ca-

beza, del estómago ó de otra cualquiera parte del cuerpo, mientras no peligre su conservacion; que no andeis solícitos en buscar los remedios, á no ser que esteis reducidos á una suma necesidad, y que se os impidiese por ello el adelantamiento del bien espiritual de vuestras almas. Igualmente os digo que, si permitiéndolo ó disponiéndolo Dios, nos acaeciese pobreza, muerte de amigos, opresion, persecucion, oprobios, golpes, ó rapiña, no nos encolericemos; antes suframos estas cosas no solo con paciencia, sino como buscadas y escogidas por nosotros, y dadas por el sapientísimo Médico, Salvador nuestro, aceptándolas con gran placer por su amor y para nuestro bien. Entonces nos serán mas meritorias, que si nosotros mismos las emprendiésemos por nuestra propia voluntad en espíritu de penitencia.

¡Oh miserables! todavía me queda que añadir, que no solo huimos de sufrir, como Jesús sufrió los dolores y aflicciones que Dios en su sapientísima misericordia nos envía, sino que nos oponemos formalmente á la voluntad divina, corriendo dia y noche tras los placeres y deleites corporales, y buscando

con todo cuidado los consuelos temporales y vanidades del mundo. Este no es ciertamente el camino del Hombre-Dios, Jesucristo, salvador de todos. ¿Cómo podrá jamás dirigirse hácia Jesús, que es camino, guía y ejemplar de dolor, aquella miserable alma que quiere tener siempre consuelo en este mundo? Por cierto que el alma cuerda, y que quiere vivir sábiamente en este mundo, no debe buscar otra cosa que el dolor, como lo hizo y practicó su divino maestro Jesús; y si tiene una sola chispa de verdadero amor, no debe buscar otro lugar, ni otro estado, que aquel que tuvo Jesús, esto es, el dolor, la afliccion y angustia, y en esto debe cifrar únicamente sus consuelos.

Y no digo esto solamente por respecto á las cosas terrenas y corporales, sino tambien con respecto á las espirituales; porque en el servicio de Dios no debemos cuidarnos de buscar los consuelos que en él se hallan. ¿Por ventura María, la amantísima Madre de Jesús, viendo atormentado y moribundo en la cruz á su divino Hijo, se ocupó en buscar dulzuras y consuelos? No por cierto, sino angustias, amarguras y dolores. Lo mismo

debe hacer nuestra alma, porque no habiendo tenido mas que penas en este mundo el divino Maestro, seria indicio de poco amor y de mucha presuncion en aquella alma que desease ser tratada aquí mejor que su Maestro, y recibir de Jesucristo otra cosa que dolor.

Mas agrada á Dios la obra del pobre, que le sirve fielmente por solo amor, y sin costo ni ofrenda alguna para su culto, que la del rico, que emplea en ello grandes sumas, y le sirve con la esperanza de alcanzar bienes espirituales. Y así el alma que se enriquece y es colmada de la gran dulzura que experimenta en el servicio de Dios, ejercitándose en él y sirviéndole por su amor, no tiene tanto mérito, cuanto alcanza aquella que corre igualmente hácia Dios y le sirve con el mismo semejante amor, pero sin ninguna consolacion, antes sufriendo el peso de las aflicciones y dolores. Así vemos claramente ese rayo de luz que sale de la vida de Jesucristo, que es el camino; luz divina que nos enseña que debemos caminar hácia Dios y en Dios por el dolor; y que por los mismos grados que ha recorrido nuestra cabeza, Jesu-